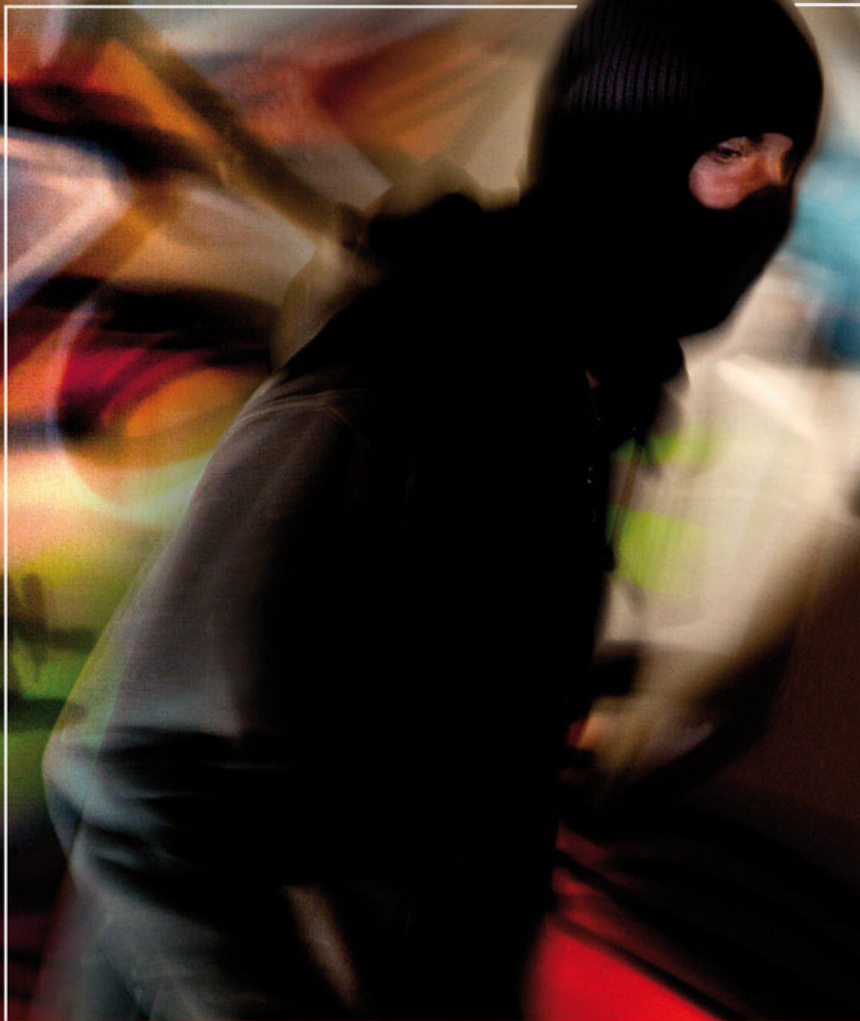


ALFAGUARA

Arturo Pérez-Reverte

El francotirador paciente



LEE EN PRIMICIA
LAS PRIMERAS PÁGINAS

ALFAGUARA

El francotirador paciente

ALFAGUARA



Arturo Pérez-Reverte

El francotirador paciente

ALFAGUARA



© 2013, Arturo Pérez-Reverte

© De esta edición:

2013, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos, Madrid

Teléfono 91 744 90 60

Telefax 91 744 92 24

www.alfaguara.com

ISBN: 978-84-204-1649-6

Depósito legal: M-28138-2013

Impreso en España - Printed in Spain

© Diseño:

Proyecto de Enric Satué

© Fotografía de cubierta: Victoria Iglesias

Cualquier forma de reproducción,
distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra solo puede
ser realizada con la autorización de sus
titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español
de Derechos Reprográficos) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento
de esta obra (www.conlicencia.com;
91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Érase una vez una raza especial de personas
llamadas escritores de grafiti.
Pelearon una fiera batalla contra la sociedad.
El resultado todavía se desconoce.*

Ken, grafitero
En una pared de Nueva York, 1986

En el complejo mundo del grafiti, por su carácter con frecuencia clandestino, las firmas de escritores son innumerables y cambiantes, por lo que resulta imposible establecer una nómina oficial. Por esa razón, todos los nombres que figuran en esta novela, excepto los de grafiteros y artistas muy conocidos a los que se menciona de modo expreso, deben considerarse imaginarios o coincidencias accidentales.

En la ciudad. 1990

Eran lobos nocturnos, cazadores clandestinos de muros y superficies, bombarderos sin piedad que se movían en el espacio urbano, cautos, sobre las sue- las silenciosas de sus deportivas. Muy jóvenes y ági- les. Uno alto y otro bajo. Vestían pantalones vaque- ros y sudaderas de felpa negra para camuflarse en la oscuridad; y, al moverse, en las mochilas manchadas de pintura tinteaban sus botes de aerosol provis- tos de boquillas apropiadas para piezas rápidas y de poca precisión. El mayor de los dos tenía dieciséis años. Se habían conocido en el metro dos semanas atrás, por las mochilas y el aspecto, mirándose de reojo hasta que uno de ellos hizo con un dedo, sobre el cristal, el gesto de pintar algo. De escribir en un muro, en un vehículo, en el cierre metálico de una tienda. Habían intimado pronto, buscando juntos huecos o piezas ajenas en paredes saturadas, fábricas abandonadas del extrarradio e instalaciones ferrovia- rias, merodeando con sus aerosoles hasta que vigilan- tes o policías los ponían en fuga. Eran plebeyos, sim- ple infantería. El escalón más bajo de su tribu urbana. Parias de una sociedad individualista y singular en la que sólo se ascendía por méritos ganados en solitario o en pequeños grupos, imponiendo cada cual su nom- bre de batalla con esfuerzo y constancia, multipli-

cándolo hasta el infinito por todos los rincones de la ciudad. Los dos eran chicos recién llegados a las calles, todavía con poca pintura bajo las uñas. Chichotes vomitadores, dicho en jerga del asunto: escritores novatos de firma repetida en cualquier sitio, poco atentos al estilo, sin respetar nada ni a nadie. Dispuestos a imponerse tachando lo que fuera, firmando de cualquier modo sobre piezas ajenas, con tal de hacerse una reputación. Buscaban, en especial, obras de consagrados, de reyes callejeros; grafitis de calidad donde escribir su propio logo, el tag, la firma mil veces practicada, primero sobre un papel, en casa, y ahora sobre cuanta superficie adecuada se topaban de camino. En su mundo hecho de códigos, reglas no escritas y símbolos para iniciados, donde un veterano solía retirarse a poco de cumplir los veinte años, un tachado sobre una firma ajena era siempre una declaración de guerra; una violación de nombre, territorio, fama de otros. Los duelos eran frecuentes, y eso era lo que aquellos chicos buscaban. Habían estado bebiendo coca-cola y bailando break hasta la medianoche, y ahora se sentían ambiciosos y osados. Soñaban con bombardear y quemar con su firma los muros de la ciudad, los paneles de las autopistas. Soñaban con cubrir superficies móviles tradicionales como un autobús o un tren de cercanías. Soñaban con la pieza más difícil y codiciada por cualquier grafitero de cualquier lugar del mundo: una chapa. Un vagón de metro. O de momento, en su defecto, pisarle el tag a uno de los grandes: *Tito7*, *Snow*, *Rafita* o *Tifón*, por ejemplo. Incluso, con suerte, a los mismísi-

mos *Bleck* o *Glub*. O a *Muelle*, el padre de todos ellos.

—Ahí —dijo el más alto.

Se había detenido en una esquina y señalaba hacia la calle contigua, iluminada por una farola que esparcía un círculo de luz cruda sobre la acera, el asfalto y parte del muro de ladrillo de un garaje con el cierre metálico bajado. Había alguien allí, frente al muro, en plena escritura, justo en el límite de la luz y la sombra. Desde la esquina sólo podía vérselo de espaldas: delgado, aspecto joven, una sudadera de felpa con la capucha puesta sobre la cabeza, la mochila abierta a los pies, un aerosol en la mano izquierda, con el que en ese momento rellenaba de rojo una enorme *r*, sexta letra de un tag marcado con caracteres de un metro de altura y aspecto singular: un estilo de pompa sombreado, sencillo y envolvente, fileteado con outline azul, grueso, en el que parecía estallar, como un brochazo o un disparo, el rojo de cada una de las letras que contenía.

—Hostia hostia —murmuró el chico alto.

Estaba inmóvil junto a su compañero, mirando asombrado. El que trabajaba en la pared había terminado de dar color a las letras, y ahora, tras buscar en el interior de la mochila ayudándose de una pequeña linterna, empuñaba un aerosol blanco con el que cubrió el interior del punto de la letra central, que era una *i*. Con movimientos rápidos, en toques cortos y precisos, el grafitero rellenó el círculo y lo cruzó luego en vertical y horizontal con dos líneas negras que le daban un aspecto parecido

a una cruz celta. Después, sin mirar siquiera el resultado final, se inclinó para guardar el bote en la mochila, cerrar ésta y colgársela a la espalda. El punto de la *i* se había convertido ahora en el círculo del visor de una mira telescópica, como la de los rifles.

El grafitero desapareció calle abajo, en la oscuridad, ocultó el rostro bajo la capucha. Ágil y silencioso como una sombra. Fue entonces cuando los dos chicos dejaron la esquina y caminaron hacia la pared. Se quedaron unos instantes bajo la luz de la farola, mirando el trabajo recién hecho. Olía a pintura fresca, a escritura en condiciones. Para ellos, el mejor olor del mundo. Olor a gloria urbana, a libertad ilegal, a fama dentro del anonimato. A chorros, bum, bum, bum, de adrenalina. Estaban seguros de que nada olía tan bien como aquello. Ni siquiera una chica. Ni una hamburguesa.

—Vamos allá —dijo el chico bajo.

Era el más joven de los dos. Había sacado un aerosol de su mochila para escribir sobre la pieza recién pintada en la pared. Dispuesto a un tachado en condiciones; no una, sino cuantas veces fuera posible. A un implacable bombardeo. Aunque cada uno de ellos tenía su tag propio —*Blimp* el suyo, *Goofy* el del otro—, cuando iban juntos utilizaban otro común, *AKTY*: Adivina Kién Te Jode.

El chico alto miró a su compañero, que sacudía el bote para mezclar la pintura: Novelty negro de doscientos mililitros y boquilla estrecha, robado en una ferretería. Bombardear como ellos lo hacían, con una burda firma repetida una y otra vez, no pre-

cisaba sofisticación alguna. La cuestión no era que el logo fuese bonito, sino que apareciera por todas partes. A veces, con tiempo y calma, pensando en un futuro más o menos inmediato, intentaban piezas complejas con varios colores, sobre tapias medio derruidas o paredes de fábricas abandonadas. Pero aquél no era el caso. Se trataba de una incursión rutinaria, de castigo masivo. Por la cara.

El que empuñaba el aerosol se acercó a la pared con el dedo listo, buscando un sitio donde aplicar el primer tachado. Acababa de decidirse por el círculo blanco situado sobre la letra central, cuando su compañero lo sujetó por un brazo.

—Espera.

El chico alto contemplaba la pieza escrita, cuyo rojo brillante parecía reventar a la luz de la farola como gotas de sangre entre los contornos de las letras. Su rostro traslucía sorpresa y respeto. Aquello era mucho más que una simple obra de grafitero común. Era una pieza en toda regla.

Impaciente, el más joven levantó de nuevo el aerosol, apuntando al círculo blanco. Hervía de ganas por empezar la faena. La noche era corta, e innumerables las presas a cobrar. Llevaban, además, demasiado tiempo en un mismo sitio. Eso vulneraba la norma básica de seguridad: escribe rápido y vete. En cualquier momento podía aterrizarles encima un guardia, haciéndoles comerse lo suyo y lo ajeno.

—Espera, te digo —lo retuvo el otro.

Seguía mirando la pieza de la pared, con la mochila a la espalda y las manos en los bolsillos.

Parado y balanceándose despacio sobre los pies. Pensativo.

—Es bueno —concluyó al fin—. Es jodidamente bueno.

Su compañero se mostró de acuerdo con un gruñido. Luego se puso de puntillas, apretó la boquilla del aerosol y escribió *AKTJ* en el círculo blanco con una cruz. Sobre la mira telescópica, de francotirador, de la palabra *Sniper*.

1. Las ratas no bailan claqué

Mientras prestaba atención a la propuesta que iba a cambiar el sentido de mi vida, pensé que la palabra azar es equívoca, o inexacta. El Destino es un cazador paciente. Ciertas casualidades están escritas de antemano, como francotiradores agazapados con un ojo en el visor y un dedo en el gatillo, esperando el momento idóneo. Y aquél, sin duda, lo era. Uno de tantos falsos azares planeados por ese Destino retorcido, irónico, aficionado a las piruetas. O algo así. Una especie de dios caprichoso y despiadado, más bromista que otra cosa.

—Vaya, Lex... Qué casualidad. Iba a llamarte uno de estos días.

Me llamo Alejandra Varela, aunque todos me llaman Lex. Hay quien después de pronunciar mi nombre añade un par de adjetivos no siempre agradables; pero estoy hecha al asunto. Curtida por diez años de oficio y treinta y cuatro de vida. El caso es que los astros empezaron a alinearse desde aquel momento, tras esas palabras, cuando la voz educadísima de Mauricio Bosque, propietario y editor de Birnan Wood, sonó a mi espalda en la librería del Museo Reina Sofía. Yo había estado echando un vistazo a las mesas de novedades, y ahora lo escuchaba atenta, sin manifestar entusiasmo ni indiferencia. Con la cautela

adecuada para que mi interlocutor no cayera en la tentación de regatear mis honorarios, si de eso se trataba. Algunos empleadores estúpidos tienden a confundir el interés por tu trabajo con la disposición a cobrar menos por hacerlo. Mauricio Bosque, un chico fino, rico y listo, estaba lejos de ser un estúpido; pero como cualquier otro de los que yo trato en el mundo de la edición —ahí todos oyen caer al suelo una moneda y dicen «mía»—, era capaz de recurrir al menor pretexto con tal de adelgazar gastos. Ya me lo había hecho otras veces, con su pulcra sonrisa y sus chaquetas de sport hechas a medida en Londres, o en donde se las hiciera. Y lo veía venir.

—¿Estás en algo ahora?

—No. Mi contrato con Studio Editores caducó hace un mes.

—Tengo una propuesta que te gustará. Pero no es para hablarla aquí.

—Dame un avance.

Toqueteaba Mauricio los libros, acomodando uno de los suyos —*Ferrer-Dalmau: una mirada épica*— para que se viera más destacado entre los otros.

—No puedo —miró a los lados con aire de conspirador guasón, demorándose en la joven que atendía el mostrador—. Éste no es lugar a propósito.

—Dámelo en pequeñito, anda... Un flash.

Nos interrumpió la llegada de un rebaño de quinceañeros franceses, con mucho barullo en lengua de Voltaire: viaje de estudios, naturalmente. La culta Francia, o en todas partes cuecen habas. Salí con Mauricio de la librería, abriéndonos paso entre

una ruidosa babel de otros jóvenes y de abueletes jubilados que alborotaban en la planta baja del museo. En el patio interior, el cielo cubierto filtraba una atmósfera gris y la tierra se veía mojada de lluvia reciente. El pequeño café estaba cerrado, triste, con las sillas húmedas puestas sobre las mesas.

—Preparo un libro —dijo Mauricio—. Grande, importante. Con derivaciones complejas.

—¿Asunto?

—Arte urbano.

—Precisa más, anda.

Mauricio contemplaba el *Pájaro lunar* de Miró con aire pensativo, las gafas de diseño ligeramente caídas hacia la punta de la nariz, cual si calculara cuánto dinero podría sacar de aquellas redondeadas formas de metal una vez convertidas en ilustraciones sobre papel impreso. Tal es la forma en que el dueño de Birnan Wood suele mirar las cosas y a la gente. La suya es una casa editora de enorme éxito incluso en los tiempos que corren, especializada en catálogos y libros de arte lujosos y caros. O más bien muy lujosos y muy caros. Resumiendo: metes en un buscador de Internet las palabras *editor* y *megapíjaro*, le das a la tecla Intro y sale la foto de Mauricio Bosque sonriendo de oreja a oreja. Apoyado en un Ferrari.

—Sniper —dijo.

Curvé los labios y silbé. Por dentro estaba sin aliento. Petrificada.

—¿Autorizado, o sin autorizar?

—Ése es el asunto.

Silbé de nuevo. Una chica joven que pasaba cerca me miró de soslayo, incómoda, dándose por aludida. No me importaba en absoluto que se lo diera, por supuesto. Era bonita. La miré moverse lánguida, consciente de mis ojos, vagamente escandalizada, mientras se alejaba por el patio.

—¿Y qué pinto yo en eso?

Mauricio miraba ahora el enorme móvil de Calder que está en el centro del patio. Permaneció así, fija en él la vista, hasta que la veleta roja y amarilla dio una vuelta completa sobre su eje. Al fin inclinó un poco la cabeza mientras encogía los hombros.

—Eres mi scout predilecta. Mi exploradora intrépida.

—No me des jabón. Significa que esta vez tienes intención de pagarme poco.

—Pues te equivocas... Es un buen proyecto. Bueno para todos.

Pensé unos segundos. El Destino me hacía guiños sentado bajo lo de Calder. En jerga editorial, un scout es alguien encargado de localizar autores y libros interesantes. Una especie de rastreador culto, cualificado, con buen olfato: alguien que frecuenta ferias internacionales de libros, hojea los suplementos literarios, toma el pulso a las listas de más vendidos, viaja en busca de novedades interesantes y cosas así. Estoy especializada en arte moderno, y ya había trabajado antes para Birnan Wood, así como para Studio Editores y Aschenbach, entre otra gente de peso. Yo les propongo libros y autores, o ellos me encargan localizarlos. Firmo un contrato temporal ex-

clusivo, trabajo duro y cobro por ello. Con el tiempo, conseguí buen cartel en la profesión, una agenda gruesa, contactos y clientes en una docena de países —los editores rusos, por ejemplo, me adoran—. Dicho en corto, me las arreglo bien. Soy sobria, de pocos gastos. Vivo sola, incluso cuando no lo estoy. Vivo de eso.

—Por lo que sé de Sniper —aventuré con cautela—, ese tipo podría encontrarse en el planeta Marte.

—Sí —Mauricio sonreía torcido, casi cruel—.

Por la cuenta que le trae.

—Explícamelo —dije.

—¿Por qué no te pasas uno de estos días por la editorial?

Arrugué las cejas, aunque sólo por dentro. Por fuera esgrimí una sonrisa desolada, conveniente. No era lo mismo su terreno —una inmensa oficina acristalada que parecía flotar como un dirigible sobre el paseo de la Castellana— que un sitio neutral donde él no pudiera mirar por encima de mi hombro, como si me olvidase a ratos, el espléndido Beatriz Milhazes que cuelga de una pared en su despacho. Prefería negociar privándolo de toda ventaja, lejos de aquellos incómodos muebles de vidrio, plástico y acero, estantes llenos de libros carísimos y cimbreadas secretarías de ubres operadas.

—Tardaré algún tiempo —mentí, tanteando—. Tengo algunos viajes previstos.

Casi podía oírlo pensar. No el contenido, claro; pero sí el procedimiento. Para mi sorpresa, cedió con insólita rapidez.

—¿Y si te invito a comer? —concluyó.

—¿Ahora?

—Claro. Ahora.

El restaurante era japonés, o asiático. Shikku, se llama. Casi en la esquina de Lagasca con Alcalá, frente al Retiro. Mauricio se deshace por esa clase de sitios. No recuerdo haber comido nunca con él en uno normal, europeo, de toda la vida. Siempre tienen que ser carísimos y de diseño, mejicanos, peruanos o japoneses. Estos últimos le gustan mucho porque le dan ocasión de encargarse de sushis y sashimis con nombres exóticos y mostrarse hábil manejando los palillos —yo siempre pido un tenedor— mientras te explica la diferencia entre el pescado crudo cortado a la manera de Okinawa y la de Hokkaido. O algo así. Eso seduce a las mujeres, me comentó una vez con unas algas colgando de los palillos, en el Kabuki. Bueno, Lex —aquí interpuso una sonrisa diplomática tras meditar un instante, mirándome—. Me refiero a cierta clase de mujeres.

—Cuéntamelo ya —sugerí cuando nos acomodamos en una mesa.

Me lo contó. Por encima y a grandes rasgos, con breves pausas para observar el efecto. Para comprobar si el cebo bailaba de manera adecuada ante mis ojos, haciéndome salivar. Y sí, claro. El proyecto habría estimulado las glándulas de cualquiera. Se lo dije. También era de realización casi imposible, y eso también se lo dije.

—Nadie sabe dónde está Sniper —resumí.

Por la manera en que Mauricio vertió un poco de sake caliente en mi cubilete, supe que tenía algún

as en la manga. Ya dije antes que el editor de Birnan Wood dista mucho de ser un estúpido.

—Tú puedes. Conoces a la gente adecuada, y la gente adecuada te conoce a ti. Te pago todos los gastos y tienes el cuatro por ciento del primer contrato.

Me eché a reír en su cara. Soy perra vieja.

—Eso es como si me ofrecieras una parcela en el circo de Hiparco. Perderemos el tiempo.

—Oye —alzaba un dedo, admonitorio—. Nadie ha publicado nunca un catálogo completo de ese tío. Una gran obra en varios volúmenes, los que hagan falta. Algo monumental. Y no sólo eso.

—Lleva casi dos años escondido, con la cabeza puesta a precio. Literalmente.

—Ya lo sé. Hablamos del artista más famoso y más buscado del arte urbano, a medio camino entre Banksy y Salman Rushdie... Una leyenda viva y toda esa murga. Pero tampoco es que se dejara ver mucho, antes de eso. En más de veinte años, desde que empezó como simple grafitero, casi nadie le ha visto la cara... Marca registrada, y punto: Sniper. El francotirador solitario.

—Pero es que ahora quieren matarlo, Mauricio.

—Él se lo buscó —reía, malévolamente—. Que apechugue.

Era un bonito verbo: apechugar. Imaginé a Sniper apechugando.

—Nunca podré encontrarlo —concluí—. Y en el caso improbable de que lo consiguiera, me mandaría a paseo.

—La oferta que le transmitirás es de barra libre por mi parte. Él pone las condiciones. Y yo lo consagro para siempre y hago entrar su obra en el círculo de los dioses, codeándose con lo más.

—¿Tú solo?

Lo pensó un momento. O hizo como que lo pensaba.

—Nada de solo —concedió—. Tengo detrás a gente con mucho dinero: galeristas británicos y norteamericanos, dispuestos a invertir en esto como quien invierte en un negocio enorme.

—¿Por ejemplo?

—Paco Montegrifo, de Claymore... Y Tania Morsink.

Moví la cabeza, impresionada.

—¿La reina del pijoarte neoyorquino?

—Ésa. Y con sumas asombrosas, te lo aseguro. Un plan a medio y largo plazo del que ese catálogo será sólo el aperitivo.

Ahora fui yo quien lo meditó un instante.

—Ni lo sueñes —dije—. Se negará a aparecer en público.

—No tiene por qué dar la cara. Al contrario. Su anonimato intensifica el morbo del personaje. A partir de ahí, Sniper será historia del Arte. Lo vamos a coordinar con una retrospectiva monstruo en algún sitio de los grandes: la Tate Modern, el MoMA... Iremos al mejor postor. Ya he tocado teclas y los tengo a todos calientes. Tratándose de él, se volcarían. Imagina la cobertura. Acontecimiento mundial.

—¿Y por qué yo?

—Eres muy buena —me hacía la pelota, el listillo—. La más seria con la que he trabajado, y llevo toda la vida en esto. También tienes condiciones especiales para acercarte a él. Pulsar la cuerda. No he olvidado que tu tesis doctoral fue sobre arte urbano.

—Grafiti.

—Bueno, eso. Conoces lo que significa tener pintura en las manos y esprays en la mochila. Cómo entrarle a esa gente.

Hice una mueca opaca. Conoces, había dicho Mauricio. Y nunca sabría lo cerca que andaba de la verdad. Pensé en ello mientras pinchaba un niguiri, o como se llamara, con el tenedor. Tantos paseos —aún lo hacía a veces, sin apenas darme cuenta— mirando paredes entre escaparates y portales, donde los escritores urbanos dejaban huellas de su paso. Recordando y recordándome. Casi todas eran simples firmas a rotulador con apresuramiento y poco arte, más cantidad que calidad, de las que hacen poner el grito en el cielo a vecinos y comerciantes y arrugar la nariz al Ayuntamiento. Sólo en raras ocasiones alguien con más tiempo o temple se había empleado a fondo con el aerosol; y el tag, o la caligrafía de éste, abarcaba mayor espacio o recurría al color. Un par de semanas atrás, paseando por una calle próxima al Rastro, me había llamado la atención algo especialmente conseguido: un guerrero manga cuya espada de samurái amenazaba a los usuarios de un cajero automático cercano. Y yo había seguido mirando los grafitis —firmas, firmas, firmas, algún dibujo poco original, la críptica afirmación *Sin dientes no hay caries*— hasta que caí en la cuenta de

que, como en otras ocasiones, buscaba entre ellos el tag de Lita.

—No puedo garantizarte nada —dije.

—Da igual... Dominas tu oficio, tienes mi confianza. Eres perfecta.

Mastiqué despacio, calibrando los pros y los contras. El Destino me hacía nuevas muecas, sentado ahora tras el mostrador, en el hombro del cocinero japonés que, con una cinta de kamikaze ciñéndole la frente, fileteaba atún rojo. Al Destino, pensé, le gustan las bromas y el pescado crudo.

—Biscarrués se arrojará sobre ti —concluí—. Como un lobo.

—De ése me ocupo yo. No tengo tanto dinero como él, pero sí los suficientes agarres. Y como te digo, no estoy solo en esto. Sabré cuidarme. Y cuidarte.

Yo sabía de sobra que cuidarse de Lorenzo Biscarrués no era tan fácil como Mauricio daba a entender. El dueño de la cadena de tiendas de ropa Rebecca's Box —medio centenar en quince países, 9,6 millones de beneficios en el último año según la lista Bloomberg, una fábrica textil hundida en la India con treinta y seis muertos que cobraban diez céntimos de euro como salario al día— era un individuo peligroso. Y más desde que uno de sus hijos, Daniel, de diecisiete años, había resbalado de madrugada en un tejado cuya cubierta de titanio mate y acero cromado tenía en ese punto una inclinación de cuarenta y cinco grados; y después de una caída libre de setenta y ocho metros había acabado estrellándose en la calle, exactamente

ante la puerta amplia, elegante y acristalada, del edificio. Era éste un lugar emblemático de la ciudad, con firma de arquitecto de vanguardia, propiedad de la fundación que presidía el propio Biscarrués, destinada a la exposición temporal de colecciones importantes de arte moderno. La inauguración, efectuada dos días antes con una retrospectiva de los hermanos Chapman y notable impacto social en los ambientes adecuados, había sido calificada por la prensa como *acontecimiento cultural de primer orden*. Después de la caída de Daniel Biscarrués, cuyo cuerpo no se descubrió hasta que un camión de recogida de basuras se detuvo allí a las seis de la mañana, y tras cinco horas de idas y venidas por parte de forenses, policías y periodistas madrugadores, la exposición volvió a abrirse al público. Así, los visitantes que ese día hacían cola para admirar a los Chapman tuvieron ocasión de completar el acontecimiento cultural de primer orden con una extensa mancha pardo-rojiza en el suelo, rodeada por una cinta de plástico: *Policía. No pasar*. Quienes observaban el lugar desde lejos, con cierta perspectiva del edificio, pudieron además ver arriba, sobre la pared contigua al tejado fatal, y sólo escrita a medias, la palabra *Holden* —firma del muchacho fallecido— en su fase de marcaje inicial, apuntada con trazos rápidos de aerosol negro. El joven Daniel se había precipitado al vacío antes de poder rellenar de color el resto de la pieza.

—¿Qué sabes tú de Sniper? —pregunté.

Mauricio encogió los hombros. Lo que todo el mundo, apuntaba su ademán. Lo suficiente para

olfatear un exitazo si lo sacamos de su escondite. Si lo convences de asomar la patita por debajo de la puerta.

—¿Qué sabes? —insistí.

—Sé lo suficiente —dijo al fin—. Por ejemplo, que desde hace tiempo ese tío vuelve locos a grafiteros de varias generaciones... Estás al tanto, supongo.

—Vagamente —mentí.

—También sé, como tú, que ahora todos esos zumbados escritores de paredes andan besando por donde pisa, o pinta, en plan secta. Que lo tienen por Dios y su bendito padre... Ya sabes: Internet y todo eso. Y que lo del tejado del hijo de Biscarrués fue un montaje suyo.

—Intervenciones —le corregí—. Ese cabrón las llama intervenciones.

Atardecía cuando salí de la boca de metro y caminé hasta el edificio de la Fundación Biscarrués. Éste se alza cerca de la Gran Vía, lindante con una zona tradicional de casas antiguas y focos de prostitución que en los últimos tiempos ha sido rehabilitada, cambiando de residentes y de aspecto. Había gente tras el cristal de los bares con ordenador portátil y café en vaso de plástico —detesto esos lugares absurdos donde debes llevar tú la consumición a la mesa—, parejas homosexuales que paseaban cogidas de la mano y dependientas de tiendas de ropa fumando en la puerta como furcias futuristas, de nue-

va generación. Todo muy correcto y muy trendy. Muy de foto para el dominical en color de *El País*.

En los muros, entre escaparates y portales, los grafiteros habían dejado huellas de su paso. Empleados municipales se encargan de borrarlas en el centro de la ciudad; pero en aquel barrio se da cierta tolerancia, pues las pintadas urbanas son parte del carácter local. Contribuyen a dar tono, como los carteles *outlet* que sustituyen por todas partes al tradicional de *rebajas*. Yo buscaba algo concreto, sobre un muro que hacía esquina tras una señal de dirección prohibida. Y allí estaba: *Espuma*, escrito con rotulador rojo de trazo ancho. El tag de Lita. El color se veía un poco desvaído y otros habían bombardeado después encima y alrededor; pero comprobar que esa firma seguía donde siempre me causó una melancolía singular, como si goteara lluvia fría en mi corazón.

*Las chicas que crecen aprisa
tienen los ojos tristes.*

Lo murmuré mientras la recordaba con una guitarra que nunca llegó a tocar bien, olor a tinta y pintura, cartones decorados por ella en las paredes y el suelo, papeles con dibujos, fanzines y toda aquella música dura, rap y metal a tope, que hacía vibrar las paredes para desesperación de la madre y furia del padre. Que nunca me quisieron mucho, por cierto. Lita incluso había compuesto una canción, la de las chicas que crecen aprisa, que tal vez quedó inacaba-

da, pues le oí cantar varias veces la misma estrofa. Sólo ésa.

Pasé los dedos sobre su firma, su tag, rozándola apenas. Pintura, música. Ingenuidad. Lita y sus dulces silencios. Hasta aquella canción apenas esbozada era uno de ellos: los que la impulsaban cada anochecer, mochila al hombro, cuando salía con la mirada absorta en paisajes que únicamente ella podía ver, o intuir, más allá de los confines del barrio, de la vida que aguardaba minada de años y de hijos, del tiempo y el fracaso que todo lo agrisarían. Frente a eso, los muchachos como Lita sólo podían esgrimir el nombre de Nadie multiplicado hasta el infinito, con tesón casi psicópata que, más que a esperanza, sonaba a ajuste de cuentas. A pequeñas dosis precursoras de la Gran Represalia, anuncios de un tiempo por venir en el que cada uno recibiría su cuota de apocalipsis, la carcajada del francotirador paciente. Del Destino escrito con los caracteres de la otra firma, más grande, letras de casi dos metros cada una, que yo podía ver ahora al otro lado de la calle, arriba, en la pared contigua al tejado del edificio de la Fundación Biscarrués.

El cielo sobre la ciudad oscurecía poco a poco, y las luces de la calle y los escaparates empezaban a encenderse, velando la parte alta de algunos edificios; pero la palabra *Holden* pintada con una simple marca negra, interrumpida antes de que las letras fuesen rellenas de color, podía verse perfectamente desde abajo. Anduve hasta la otra acera y permanecí un rato mirando hacia lo alto, hasta que por mimetismo gregario algunos transeúntes empezaron

a detenerse a mi lado, mirando en la misma dirección. Entonces seguí calle adelante, entré en un bar y pedí una cerveza para quitarme el sabor amargo de la boca.

Kevin García firmaba *SO4*. Su tag original era más largo, *SO4H2*; pero el chico, según me habían contado, tenía un carácter asustadizo que rayaba en lo agónico. Solía escribir en paredes y persianas metálicas —cierres, en jerga grafitera— con la cabeza vuelta hacia atrás, imaginando que policías y vigilantes estaban a punto de echársele encima. A menudo salía corriendo antes de terminar la pieza, así que los amigos le aconsejaron abreviar. Fui a verlo tras orientarme con algunas llamadas telefónicas. Antes de aprovechar la propuesta de Mauricio Bosque necesitaba anudar cabos sueltos: confirmar antiguos informes y refrescarlos con cosas nuevas. Aclarar en qué me estaba metiendo, sobre todo. Con qué posibilidades y con qué consecuencias.

—¿Cómo te llamo?... ¿Kevin o *SO4*?

—Prefiero el tag.

Di con él donde me habían dicho que estaría: sentado en una plaza próxima a su casa, en Villaverde Bajo. Allí, entre bancos de cemento acribillados de tags y pintadas —*Jeosm*, *DKB*—, seis farolas rotas y una fuente de la que nunca manó agua, los chicos habían montado un recorrido para monopatín que podía considerarse bastante arduo. Había cerca un gimna-

sio de boxeo amateur, un par de bares y una ferretería especializada en rotuladores y aerosoles para grafiteros; la única de aquella parte de la ciudad donde podían encontrarse boquillas fat cap de diez centímetros y aerosoles Belton o Montana.

—Yo no estaba cuando pasó. Dani quería hacerlo solo.

SO4 era un chico rubio de diecinueve años, flaco y menudo, con cara de pájaro. Parecía aún más frágil dentro de sus ropas adecuadas para correr, deportivas Air Max salpicadas de pintura, pantalón pitillo y jersey ancho con mangas que le cubrían las manos, por cuyo cuello holgado asomaba la capucha de una felpa. Había grupos de jóvenes vestidos de forma idéntica diseminados por la plaza, saltando con el skate o de charla en los bancos cubiertos de marcas y pintadas. Chicos duros, con pocas esperanzas, que emitían en su propia longitud de onda. Carcoma despiadada del mundo viejo, cabeza de playa de una Europa mestiza, bronca, diferente. Sin vuelta atrás.

—Hacer, ¿qué? —pregunté.

—Ya sabes —compuso una mueca afilada, semejante a una sonrisa corta y seca—. Escribirles a esos cabrones del banco.

—No era un banco.

—Bueno. La fundación esa. Lo que fuera.

SO4, comprobé, era una curiosa combinación de arrogancia huidiza con cautela de grafitero acostumbrado a salir disparado de pronto, saltando muros y vallas. Yo sabía cómo se habían hecho amigos Daniel Biscarrués y él, pese a la diferencia de ambien-

te social entre ambos —Villaverde Bajo distaba de La Moraleja lo que la Tierra de la Luna—. Me lo había contado por teléfono el inspector jefe Pachón, del grupo de grafiteros de la policía judicial. Se conocieron en la comisaría de la estación de Atocha, dijo. Sentados uno al lado del otro, una noche en la que intentaron hacerse, cada uno por su cuenta, algunos vagones de tren situados en la cochera Cinco Vías. Tenían la misma edad: quince años. Después de aquello empezaron a reunirse los viernes por la tarde en la estación de metro de Sol para escuchar música juntos —SFDK, Violadores del Verso, CPV— y luego machacar paredes hasta el alba, siempre en pareja, aunque a veces se juntaban con otros chicos para misiones masivas. Así estuvieron un par de años, hasta la noche del accidente.

—¿Cómo llegó Daniel hasta allá arriba?

SO4 encogió los hombros. Qué importa cómo, daba a entender. Lo hizo como siempre. Como todo.

—Pasamos dos días planeándolo. Lo estudiamos desde todas partes. Hasta sacamos fotos. Al fin vimos que había una pared buena y que era posible llegar por el tejado, descolgándose. A última hora, Daniel dijo que yo no iba. Que era cosa suya, y que tendría mi oportunidad en algún otro sitio...



A LA VENTA
el 27 de
NOVIEMBRE

el francotirador paciente